

consonni

Mafe Moscoso

La Santita



PRÓLOGO
Mariana Enriquez

La Santita

Mafe Moscoso nació al borde de los volcanes, en Ecuador. Vive en Barcelona, donde enseña en Bau, Centro Universitario de Artes y Diseño de Barcelona. Su trabajo combina escritura, etnografía y arte de modo artesanal y experimental. Colabora, escribe y performa en diferentes medios y formatos. Entre sus publicaciones se encuentran los ensayos *Hostal España: el gesto hospedante, la etnografía hospedante* (con acompañamiento de Chus Martínez, Belén Solá y Claudia Delso) (Mister Griffin, León, 2023), *Biografía para uso de los pájaros: infancia, memoria y migración* (laen, Quito, 2013) y los libros de poesía *Desintegrar el hechizo: versitos anti-coloniales* y *Crónica Roja* (La Reci, Chiapas, 2021). Doctora en Antropología por la Freie Universität Berlin, aprende junto al Seminario Euraca en Madrid, es comadre del LAAV_ (Laboratorio de Antropología Audiovisual Experimental) en León y sintoniza con lxs neoquipucamayocs en los Andes.



Autoría **Mafe Moscoso Rosero**
Prólogo **Mariana Enriquez**
Corrección **Sonia Berger** y **Gemma Deza Guil**
Diseño de colección y maquetación **Rosa Llop**
Imagen de cubierta **José Luis Jácome Guerrero**
Impresión **Alva Nova Servicios Gráficos S.L.L.**
Printed in Spain

Edición **consonni**
C/ Conde Mirasol 13-LJ1D
48003 Bilbao
www.consonni.org

Primera edición en español:
marzo de 2024, Bilbao

ISBN: 978-84-19490-22-3
Depósito legal: LG BI 00049-2024

Esta obra está sujeta a la licencia Creative Commons
CC Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada
4.0 Internacional CC BY-NC-ND 4.0.

Los textos, edición, traducciones e imágenes pertenecen a sus autoras/es.

consonni es una editorial interdependiente con un espacio cultural en el barrio bilbaíno de San Francisco. Desde 1996 producimos cultura crítica y en la actualidad apostamos por la palabra escrita y también susurrada, oída, silenciada, declamada; la palabra hecha acción, hecha cuerpo. Ambicionamos afectar el mundo que habitamos y afectarnos por él. Escrito en minúscula y en constante mutación, consonni es una criatura andrógina y policéfala, con los feminismos y la escucha como superpoderes. Nos la jugamos en las distancias cortas.



La Santita

Mafe Moscoso Rosero

consonni

Índice

Prólogo. Mariana Enriquez 11

La comunera Carmen Triguero cerró muy fuertemente sus ojos 23

Cómo hacer que una extranjera siga apuntando el dedo hacia el sol 39

Obi-Wan Kenobi, eres mi única esperanza 59

La Santita 73

Soap opera enchaquirada 83

Chotacabra, chupacabra, chontacabra 95

WANTIAY 107

Playlist 123

Prólogo

Mariana Enriquez

Este libro, me dicen las editoras, les llegó como manuscrito y les pareció maravilloso. Y quisieron publicarlo. Yo respeto a Consonni, que edita libros desafiantes y luminosos. Yo soy escritora y soy latinoamericana y tampoco conozco a Mafe Moscoso Rosero, así que abro el PFD de *La santita* con curiosidad y expectativas.

Tres páginas después estoy asombrada y rendida. Feliz. En estos cuentos intrincados, complejos y bellos hay tanta intensidad e información que resulta difícil de describir lo que provocan. Los

Andes y las comunidades indígenas que aparecen delatan que aquí hay una antropóloga, pero, sin embargo, no hay nada de turismo colorido; lo que hay es realidad e imaginación y un lenguaje desatado, esa realidad sobre América Latina que a veces es tan difícil de explicar porque es barroca y urbana pero suele ser masticada y entregada a los lectores como una fotografía quieta e incompleta –llena de colores eso sí– quizá porque resulta inabarcable. También porque América Latina no existe como un todo: cada país, cada región, cada ciudad, cada pueblo tiene su particularidad de una manera tan específica que cuando se habla de literatura latinoamericana la amplitud de ese «término» resulta penosa y es injusta.

Sin embargo, quienes vivimos aquí –escribo desde Buenos Aires– o hemos vivido aquí –porque hay tantos de nosotros migrantes– reconocemos ciertos tornasoles. El mestizaje. El racismo doloroso. La tradición que convive sin contradicciones con YouTube. La cumbia y el neón, los santitos paganos, las animitas, la inestabilidad política y económica, los aromas, la violencia, la muerte. ¿Por qué están tan cerca la muerte y la violencia?, suelen preguntar quienes interrogan sobre lo que se escribe en América Latina. Es que somos jóvenes, pienso. Somos una tierra adolescente y ancestral, con el pasado demasiado cerca y nada resuelto en el futuro, un territorio en formación golpeado, con demasiados secretos ocultos bajo la tierra, con la tierra violentada, con huacas profanadas en el desierto y millonarios que compran lagos en tierras donde yacen huesos de genocidios. Y esa tierra se expresa todo el tiempo, grita, se imprime en la piel.

No tiene sentido enumerar cada uno de estos cuentos porque leerlos es un deleite y una experiencia que puede empobrecerse si se disecciona. Pero pongamos por ejemplo el relato «La comuna Carmen Triguero cerró muy fuertemente sus ojos». Unx comunerx es alguien que pertenece a una comuna o colectividad indígena asentada en una zona rural. Los ecuatorianos son quizá los más

conocidos, pero es un término que se usa en otros países. Vale esa explicación. Pero escuchen cómo hablan los personajes de Mafe: «Pensaba muy románticamente en la comunera Carmen Triguero, su cuchi cuchi, su pachurris, su conchipiñis, su bumbum». ¡A bailar y besar! ¡Y a comer! ¡Y a rezar! «Se colocó pan, chiricanos, bollos, tortillas de maíz, botellas de pepsi, fanta, natillas, camote, moros, agua de muerto, colada morada, guaguas de pan, aguardientes, licores, chicha, café, cepillos de dientes, cigarrillos, bordados a medio hacer, peines, ropa sin pecar, revistas, afeitadoras, muñecas y osos de peluche». La música de lo abarrotado. Del revoltijo propio y ajeno. La belleza de esa mezcla y su olor. Estas descripciones huelen, se saborean. También hay olor a muerte y podredumbre y humo de incendios y veneno sobre el campo, olor de químicos, del remate de las tierras, de las fosas comunes. Este cuento es un relato de ciencia ficción con refinería y trópico. Si uno ve estos paisajes en nuestra región, estos sitios de explotación habitados, ya son pos-apocalípticos. La ropa abandonada en el desierto de Atacama en Chile, desechos de la industria de la moda. El río negro, anóxico, que rodea Buenos Aires llamado Riachuelo. Los basurales donde vive y come y duerme gente en Brasil. Esas refinерías costeras del fin del mundo son como monstruos negros que emergen de las profundidades. Dioses capitalistas que se alimentan de fósiles. La sangre negra del capitalismo, la muerte que da vida a las máquinas. Y la posibilidad de un cambio solo como experiencia mística y como ficción. Es triste este cuento. Todos los cuentos de *La santita* lo son. Así escribe Mafe: «Es un sonido electrónico, andrajoso, de acero oxidado, de acero putrefacto, de acero salitroso, de acero untado de partículas de cloruro de sodio, óleo, aceite, de caca de gaviota. Se escuchan las palabras que son oferta de vida europea. El crujido corrosivo de un animatrónico que mide 20 metros da la bienvenida a un grupo de turistas rosados ávidos de mojitos, de ensueños top-gun». Así justo se siente. Y hay detalles tan certeros y actuales que el futuro al que los

atribuyes esta ficción parece mas cerca que nunca: «Años atrás, en un golpe de gracia (o misericordia), los precios del alquiler echaron definitivamente a las personas de sus casas alquiladas, acabando con la extensa agonía. Los herederos se quedaron arriba, divinos, habitando sus propiedades, disfrutando de los beneficios familiares. El resto fue enviado con cálculo demográfico a los sótanos de la ciudad. El mercado inmobiliario, decían quienes opinaban en televisión. La burbuja económica, explicaron. La crisis, se justificaron. Con pasmosa naturalidad, las de arriba se despidieron poco a poco de quienes eran enviadas a existir en los subterráneos».

En las ciudades, no solo de América Latina pero especialmente aquí, los alquileres ya no son para quienes vivimos y nacimos en estos países. Muchos se van de las ciudades, otros del continente. Pero, en el sueño europeo, resulta que a veces solo es posible quedarse en algún encierro subterráneo porque no se puede volver ni salir.

«Obi Wan Kenobi, eres mi única esperanza», título de un cuento, no es el único ejemplo de ese rompecabezas de referencias tan reconocible en el imaginario de Mafe y en tantísimos puntos de América. Pósters de Chayanne y Hello Kitty entre viviendas precarias, vegetación *random*, terrenos vacíos, casas hechas con ladrillos sin pintar ni revocar, ciudades interminables y edificios que brillan al sol, olor a frito y a cilantro y trap y rap y black metal desde autos que disparan por las avenidas. Vírgenes y *Star Wars* y Lionel Messi. Así es nuestro folklore: ya no lentos ríos entre el verde de la selva, sino neón y cumbia en plazas que tienen su iglesia y su tienda de carcacas de celulares alrededor. Como escribe Mafe: «Una constelación de calles, callecitas, callejones, casas con patios, jardines de amancay, túneles, arcos, parques, iglesias, mercados, faros, salones de putas, picanterías, sastrerías, bazares, panaderías, dulcerías, canchas de

fútbol, zapaterías, ríos, galerías, fondas, tiendas de canastas de mimbre y santerías. Todos atrapados en la misma urbe, todos atrapados en google maps».

Estos relatos no transcurren necesariamente en el mismo espacio pero sostienen el mismo imaginario: se puede decir que ocurren en el mismo mundo. No es una novela pero es un universo de sentido. «*La Santita*» del título es un ejemplo: la anciana que custodia la tradición, la irrupción de la violencia, la capilla, la niña loba. «Con sus manos olor a vela chamuscada, la tía Charo estiró aún más la tela de su falda. Su falda de tela sastre made in USA». La joven rockera, las telenovelas venezolanas —esas mejillas redondeadas de Cristal, el imbécil de Luis Alfredo, todo un continente detenido para verlos—, la muerte y lxs aparecidxs, las sirvientas violadas. Y personajes que se toman de conocer el terreno y la cultura como los encharcados, que aluden a personas con identidades y expresiones de género no binarias que viven en la costa, en Ecuador. «Sus prácticas sexuales, junto a los hallazgos arqueológicos de las últimas décadas, son la constatación de que en la zona andina el orden binario apareció durante la colonia y fue impuesto violentamente, implantando un régimen heteronormativo y binario de mirar e interpretar el mundo», explica Mafe, pero esto es una nota al pie. Estos relatos no son académicos, son de una imaginación intensa y de un placer amoroso por el lenguaje. Y es un libro *queer* sin subrayados, todo naturalidad, lo diverso no como término vacío sino como interpretación de un universo —y también como su descripción—. De la misma manera que persisten los rituales, los espacios liminales, las amistades de chicas jugando en los bordes, visitadas por voces, dueñas de sus ceremonias precedidas por maíz, aparecidas y cumbia que suena desde un MP3, niñas que abren umbrales a otros mundos mientras se escucha «Paisaje» (yo la canto con la voz de Gilda, una artista y santa pagana argentina). «Tú me das la fuerza que se necesita para no marchar».

Las voces que escuchan son las abuelas desaparecidas. «Hemos regresado para ser recibidas. Hace muchos años, una noche, mientras dormíamos, un grupo de militares entró en nuestras casas. Se llevaron a todas las niñas y las abuelas del pueblo. Nos torturaron, nos violaron y nos asesinaron. Las que se quedaron en el pueblo nos buscaron, pero nunca fueron capaces de encontrarnos. Olvidaron. Olvidaron a las niñas y a las abuelas. Olvidaron el pasado y el futuro. Olvidaron nacer y olvidaron morir».

Mafe sintoniza las voces de las masacres, pero también las voces que cantan bailando en sus habitaciones, por eso es fundamental esa *playlist* del final, con su versión de «Paisaje» por Don Medardo y sus Players, la metáfora de pecera y erotismo de Juan Luis Guerra, bailar a la luz de las velas porque hubo un apagón, porque es la única luz en el baile de los muertos y las vivas.

A Lucinda

Enfrentado a la jungla, las colinas y los valles, mis
vidas pasadas como animal u otros seres surgen
ante mí.

–*Tío Boonmee recuerda sus vidas pasadas,*
Apichatpong Weerasethakul

Muhammad Ali dijo: «Vuela como una mariposa
y pica como una abeja» y brotaron luciérnagas.
Manush Romanov dijo: «Enterradme de pie. Llevo
toda la vida de rodillas» y brotaron luciérnagas.
A la pregunta: «¿Hay esperanza?», Angela Davis
respondió: «No lo sé, pero hay que vivir como si la
hubiera» y brotaron luciérnagas.

–*Entrevista a un insecto atravesado por la luz,*
Helios F. Garcés

La comunera Carmen Triguero cerró muy fuertemente sus ojos

Que en las ofrendas por los difuntos, especialmente el día de las ánimas después de Todos Santos, no se permita a los indios ofrecer cosas cocidas o asadas, ni se dé ocasión para su error, que piensan que las ánimas comen de aquello.

—Primer Concilio Limense (1551-1552), canon 106, parte 2.

Con sus manos húmedas, la comunera Carmen Triguero desaguó la carne blanda de la albacora que al amanecer Kevin extrajo del agua opaca y vidriosa con sus antiguas redes verdes de nailon. El agua que va a correr es agüita para llover. La corriente del niño arrastraba pescado, langostas, latas vacías, plásticos multicolor y algas esqueléticas.

La Virgencita del Mar, Santa Rita de Casia, San Isidro Labrador y el Señor de las Aguas, todas allí, donde todo empezó.

Carmen Triguero hizo un pequeño fuego con un mechero cuya cabeza estaba oxidada, lo llevó hacia sus labios, encendió las hojas gruesas y secas de un tabaco color marrón. Tomó un cazo destaralado, lo llenó con agua turbia, agregó una ramita de cebolla, aromatizando el líquido.

En el punto en el que el agua estaba caliente pero aún no se convertía en líquido burbujeante, introdujo la carne del pescado, después sumergió la yuca. Mientras los minutos pasaban con el ritmo aguayabado que ahoga en suave letargo el tiempo en Zúrich, la comunera Carmen Triguero dio profundas bocanadas a un tabaco al que apretaba con dedos y dientes como si fuese su adoración, su rey, su guachito, su cosita rica, su última Coca-Cola en el desierto. El humo perfumado y gris del puro circuló a largo de su lengua húmeda, entibió su garganta camino hacia los pulmones. Los pulmones, al ser llenados con la niebla gris anicotinada, palpitaron de alegría, alborotados, como si fuesen un mercado *riot* repleto de hierbas, fruta multicolor, flores, verduras, huevos, chicharrón de cochino perfumado con maíz.

Observó a través de la ventanita. En la rama del último ceibo del jardín, un pajarillo, una guacharaca colorada, daba pequeños saltos a lo largo de una rama antigua.

La guarachita voló hacia otro árbol, uno con menos hojas, una escualida planta de ramas secas, traslúcidas, agonizantes. La comunera Carmen Triguero dio una nueva bocanada: un *gran muévelo, muévelo, qué sabroso* ocurrió en el mercado. Con ojos de zorra vieja y el puro entre los dientes [el incisivo lateral oro refulgente] comprobó que la yuca y la albacora se habían ablandado. Apagó el fuego, colocó el pescado y la yuca sobre una tabla de madera. En actitud contemplativa observó la pulpa blanca de la albacora, el tubérculo. Esperaba que la combustión apaciguase. Estiró la mano,

con su tacto de tortuga se cercioró del enfriamiento. Tomó un cuchillo, atravesó el cuerpo de la yuca, que fue convertida en una fila de cuadraditos uniformes.

Deshuesó el pescado.

Volvió a la tabla, hizo a un lado la fila de yucas, depositó una cebolla redonda y colorada sobre la madera, la cortó por la mitad, con habilidad la cercenó en ramitas, la sumergió en una piscina de aceite, limón y cilantro.

Vertió aceite en una sartén, depositó la yuca y el pescado, bajó la llama, esperó nuevamente, aspirando bocanadas del humo áspero que volvía a alborotar el mercado. Una vecina, desde su fogón, encendió la radio. Servando y Florentino. La comunera Carmen Triguero cerró los ojos muy fuertemente, deseó muy fuertemente también que la vecina estirase las ondas. La vecina subió el volumen. *Chévere vecina, gracias. Radio Amor 89.3 A.M. Estas ahí. Como te digo que te vi. Que en la función de ayer estabas. Y si te gusto. También tú a mí.* Al tomar contacto con el aceite hirviendo, el pescado y la yuca transformaron su materialidad cosmo-guayaca. La albacora se encogió, cambió de color, expulsó de su cuerpo aromas que se amotinaron ruidosamente formando una mezcla espesa de pescado, yuca y especias a la que ella sumó la cebolla colorada, el aceite, el limón y el cilantro.

Con la cuchara de palo, mezcló los ingredientes que burbujearon al calor del fuego.

Bajó la llama, que se transformó en fuego mínimo, abrió el grifo, llenó el vaso de plástico con agua espumosa, vertió una pizca sobre la cocción. *Todo bien mojado.*

Rectificó de sal, pimienta, jugo de limón.

Dejó el platillo maravilla reposando dentro de la olla que cubrió con un plato bocabajo. Lenta, enorme, la comunera Carmen Triguero abrió la puerta y dio unos pasos hacia el patio que daba a la cocina. Clo-clo-clo-clo-clo: al verla, una gallina que picoteaba

maíz le comunicó que el agua que cada mañana permitía la vida, tanto la suya como la de sus camaradas, empezaba a secarse. Carmen Triguero volvió a la cocina, introdujo agua del grifo dentro de una botella, volvió a salir, relleno el pequeño bebedero. De pie, las miró acercarse al líquido para introducir los picos en él. Pero las gallinas no bebieron. Les preguntó que qué ocurría, pero en lugar de responderle, las gallinas le dieron las espaldas, mostrándole sus espléndidas y rosadas pompas adornadas de plumas despeinadas. Extrañada, la comunera giró las caderas en dirección oeste, se sentó sobre su silla, ubicada bajo el árbol de Guayacán. Lima-limón dio un par de vueltas alrededor de sus pies, envolvió con su cola negra el tobillo izquierdo de la mujer, se desanudó, finalmente se tumbó bajo sus rodillas. La comunera Carmen Triguero retiró su pie de la chancla, lo dirigió hacia la panza de la gata, la sobó con la uña del dedo gordo. Ambas, Lima-limón y la comunera Carmen Triguero, se ronronearon la una a la otra durante unos minutos, componiendo un arrullo que poco a poco las introdujo en un sueño de atardecer tibio de cañas, níquel y mosquitos.

Tiger, ven a comer, ya está servido, aquí te dejo tu picante de pescado, papi lindo, dijo la comunera Carmen Triguero varias horas más tarde.

Elvirita, venga a comer, aquí le dejo su sancocho, invitó la comunera Andrea María Vera.

José Abigail, tome su seco de chivo, ñañito, anunció la comunera Rosita Borbor.

Abuelita Alcira, aquí le dejo un ceviche, venga a comer.

Tío Marco, ya está servido su arroz con menestra.

Leopoldo Salazar, abuelito querido, aquí está su pescado sudado, buen provecho.

Mijita linda, querida Angelita, tus fideos con camarones y kétchup están servidos.

Jeannette, mijita, te preparé corviche, amorcito, como a ti te gusta.

Había que nombrar a los invitados. No llamarlos suprimía la posibilidad del *potlach*, borraba las condiciones para la entrega, la aceptación, el retorno. *Tiger, papasito, mi rey, mi arrocito con menestra, toma tu caldo de bagre*. Al pronunciar las palabras, los comuneros transmutaban sus espíritus, transmutaban los sonidos, trasmutaban los ciclos de los vivos, de los medio vivos, de los muertos. Al llamarlos por su nombre, se producía un proceso alquímico que transformaba las palabras en una constelación de conexiones tecnochamánicas entre los universos. En el resto del planeta, los humanos y muertos habían olvidado las artes de convocarse unos a otros.

Los platos se fueron sirviendo uno a uno sobre una gran mesa cubierta por un mantel de algodón que había sido tejido por varias mujeres a través de técnicas y rituales transmitidos de abuelas a nietas desde el tiempo precolonial de los Colonchis. Junto a los platos preferidos de los invitados se colocaron: pan, chiricanos, bollos, tortillas de maíz, botellas de Pepsi, Fanta, natillas, camote, moros, agua de muerto, colada morada, guaguas de pan, aguardientes, licores, chicha, café, cepillos de dientes, cigarrillos, bordados a medio hacer, peines, ropa sin pecar, revistas, afeitadoras, muñecas y osos de peluche. Objetos preciosos y cotidianos que convivían con los supervivientes, pero que en realidad pertenecían a los que se habían ido. La mesa de los difuntos había sido servida, como cada 2 de noviembre de cada año.

Alumbrados por la luz amorochada del alba que esperaba posarse sobre el pueblo, los comuneros clavaron sobre la tierra cuatro cañas a las que amarraron sábanas blancas que formaron una barrera que separaba a los muertos y a quienes todavía vivían. Encendieron una vela que iba a permanecer prendida mientras durase la visita. A partir de las cinco de la mañana, se abriría un tiempo y un espacio de apariciones, luces, sombras y espectros.

Al sellar el comedor para los difuntos, la comunera Carmen Triguero se agarró al brazo de su comadre, la comunera Nieves Nava-

rro, quien le devolvió el gesto con unas palmaditas sobre las elevaciones de su mano. La segunda llevaba cocinando la misma cazuela de mariscos para su primogénita desde hacía diez años. Pero la comunera Carmen Triguero apenas había perdido, apenas lo había perdido. No habían pasado ni cuatro meses desde la madrugada en que su Tiger agarró la lancha y no volvió más. *Tremenda tormenta, comadre*, suspiró la comunera Nieves Navarro. *Fue tremenda tormenta, comadre*, respondió la comunera Carmen Triguero, devolviendo con sus dedos gruesos los mimos.

Cadera con cadera, las comadres avanzaron juntas por el camino principal del pueblo. Entre palmeras, postes meados, cables de luz enredados como nidos, pequeñas tiendas de abarrotes y perros que ladraban, las comuneras Nieves Navarro y Carmen Triguero parecían dos divas de la tecnocumbia divinas, áureas; diosas que brillaban envueltas en el polvo que empezaba a levantarse en las calles sin pavimentar del pueblo. Cuando llegaron a la entrada de la media casa donde vivía la comunera Carmen Triguero, apretaron mejilla con mejilla, lanzando en sincronía besos invisibles al aire. En el mismo instante, un grupo de pelícanos atravesaba el cielo de la comuna. Un viejo pelícano recibió los besos. *¿Quiere que le pase a recoger más tarde, comadre?* La comunera respondió señalando su diente de oro. En el lenguaje que la comunera Nieves Navarro y la comunera Carmen Triguero habían elaborado, mostrar el diente de oro era señal de fortuna o de que algo era favorable, metal precioso blando de color amarillo dorado.

Varias horas más tarde, la comunera Nieves Navarro, agarrada del brazo de la comunera Carmen Triguero, se acercó al recinto donde el banquete había sido servido. Antes de abrir el toldo, la comunera Carmen Triguero pronunció las palabras que permitían el paso: *Somos los muertos vivos. Ángeles somos, del cielo venimos, pan pedimos, si no nos dan ya no venimos.*

La comunera Nieves Navarro repitió la misma plegaria, al igual que el comunero Cristóbal Agapito, la comunera Teófila Villao, el

comunero Lino Froilán, el comunero Delfín Baquerizo, el comunero Modesto Triviño, la comunera Natividad Mejillón, la comunera Hermenegilda Aquilés y la comunera María Josefa Lucón.

Como caballos diminutos, los vellos de su cuerpo se irguieron, se erizaron, se enredaron.

Sin poder explicarse lo que estaba viendo, la comunera Carmen Triguero buscó la mano de la comunera Nieves Navarro, la agarró bien fuerte. Un sudor helado, un pequeño manantial salado, mojó las patas de los caballos. Las comadres se miraron entre sí, se miraron con el resto de los seres vivos que allí estaban. Los muertos, los muertos, los muertos no habían probado ni un bocado.

¡Ni un bocado!, exclamó la comunera Carmen Triguero transformando en una obviedad lo que hasta hace unos segundos era una excepción comunera.

Sin haber comido las sobras, como se hacía el día después, los comuneros dejaron el banquete servido, se dirigieron a la escuela 29 de Mayo, que era el lugar donde solían llevar a cabo las asambleas. Ella esperó hasta ver a todos sentados.

¡Ni un bocado!, repitió indignada la comunera Carmen Triguero con su lengua de arroyo dulce. Encendió un tabaco, lo mordió, escupió las hierbas amargas al suelo, buscó con la mirada las ramas del guayacán de su jardín.

¿Cómo van a probar nuestra comida si el agua está endemoniada?, respondió la comunera Hermenegilda Aquilés.

La tarde del 25 de diciembre del año pasado, Tiger y dos o tres pescadores más salieron a faenar sobre sus pangüitas guapachosas. Mientras avanzaban, el sonido de los motores, sus voces, la rumba en la radio de Tiger se fusionaban con las aguas esmeraldas del océano Pacífico. El tiempo, las corrientes iban abriendo un camino transoceánico de espuma, peces espada, mantarrayas, camotillos y doradas. Tiger apagó el motor, tomó los remos, escaló junto a su pangüita guapachosa las olas que había que atravesar, soltó los

remos, dejó que la embarcación continuase deslizándose entre el agua, esperó a que se detuviese, lanzó la red, *splash*.

El pescador fijó sus ojos sobre el agua. Pensaba muy románticamente en la comunera Carmen Triguero, su *cuchi cuchi*, su *pachurris*, su *conchipiñis*, su *bumbum*, y mientras divagaba entre las ocurrencias propias del hombre enamorado creyó ver algo que pertenecía a un mundo que él conocía. Una extraña cosa ubicada fuera del ordenamiento natural del mundo, es decir, del reino vegetal y el reino animal respectivamente. Los movimientos raros, los movimientos insólitos del cuerpo de la criatura que no era un pulpo, que no era una ballena, que no era un tiburón.

Entre las olas del océano, una criatura aparecía. Tiger adivinaba una mancha oscura, densa, grasosa que

se expandía,
crecía,
se dilataba.

Un monstruo de líquido oleoso bitumínico. Una diosa pegajosa y negra que cubría la superficie sobre la cual no había reflejo. Tiger miró a su alrededor, la *pangüita* y él estaban rodeados de una enorme obsidiana viscosa, la cual, como una boa constrictor, ingería con su enorme boca el océano, lo regurgitaba, lo volvía a ingerir.

El aparecimiento del espeso engendro, el aparecimiento, podía ser, quizás, un milagro. Tiger se santiguó, apagó la radio, decidió apurar, decidió traer la red de regreso a la *pangüita*, decidió preguntar:

¿Eres Dios o eres el Diablo?

Ni dios ni el diablo supieron qué decir. Tiger sintió un arañazo en el pecho, un vacío helado propio de dios, y propio del diablo. *Es el diablo*, gritó a unos metros de distancia el comunero Francisco Loor. *Tiger, es el diablo*. Fuera del agua, la red estaba repleta de animales y plantas acuáticas agonizantes, cuerpos C_nH_{2n+2} .

Regresaron a tierra. Convocaron a la comunidad. Fueron a reunirse a la escuela 29 de Mayo, era urgente, muy urgente. Contaron lo que habían visto. No era pulpo, no era ballena, no era tiburón. Era un monstruo pegajoso, oscuro, viscoso. Desde su silla, la comunera Carmen Triguera intentaba imaginar al monstruo. El monstruo espeso de capas y neutrones que había devorado las aguas.

Un grupo de niñas entró corriendo al aula: *el monstruo*, gritaron en coro. Los comuneros, los perros que ladraban, los pelícanos que volvían a pasar, los mosquitos siguieron a las niñas. Las niñas, había que cuidar a las niñas. Las niñas, había que escuchar a las niñas.

El diablo. Un fuerte olor a motor destartelado circulaba por el pueblo, el monstruo se había expandido, extendía sus tentáculos de brea hacia la arena, las rocas, las conchas, las piedras, los moluscos que habitaban la orilla, las olitas. Las olitas que apenas eran capaces de arrastrar, de levantar su lengua hacia la tierra, las olitas llorosas que portaban los cadáveres de los caballitos de mar, peces de bronquios obstruidos, delfines, fragatas atrapadas entre sus alas pegadas.

La comunera Carmen Triguero cerró muy fuertemente sus ojos, intentaba concentrarse. Se llevó al oído el cuerpo de un pequeño cangrejo que parecía haber sobrevivido. El pequeño cangrejo le comunicó que la criatura era un flujo que hasta hace unos años vivía bajo la tierra. Los hombres blancos buscaron a la criatura. Los hombres blancos estudiaron las características de la criatura. Los hombres blancos importaron mapas geológicos de los USA, utilizaron satélites suecos. Verificaron. Los hombres blancos tomaron muestras de las rocas, detectaron mediante movimientos sísmicos. *Los hombres blancos encontraron el flujo*, exclamó con voz aguda el cangrejito. Con los párpados apretados, la comunera Carmen Triguero seguía atentamente el relato del crustáceo. Tabaco y licor de pechiche eran compartidos con el resto de comuneros quienes, con paciencia, esperaban el testimonio del crustáceo. Debían tomar decisiones.

Al terminar de escuchar el testimonio, la comunera Carmen Triguero comunicó la información. El flujo que devoraba el océano era extraído por un demonio petrolífero que perforaba las capas geológicas debajo del mar. El dispositivo encantado taladraba los estratos de rocas que en realidad les pertenecían, les pertenecían a los cangrejitos que las cuidaban desde hace siglos. Los cangrejitos que cuidaban las capas geológicas reclamaban justicia.

Al día siguiente, la comunera Carmen Triguero, el comunero Carlitos Rey, alias Tiger, la comunera María Araceli Lucón tomaron un bus provincial en dirección a Guayaquil. En Guayaquil se dirigieron a una comisaría. Esperaron seis horas. Una policía escuchó, tomó nota, no preguntó. *Ya está puesta la denuncia*, informó.

Hecha la denuncia, la comunera Carmen Triguero, el comunero Carlitos Rey, alias Tiger, la comunera María Araceli Lucón tomaron un bus interprovincial, regresaron al pueblo, esperaron a las autoridades respectivas. Pero no ocurrió nada. El monstruo atacaba cada cierto tiempo. La segunda aparición ocurrió el 14 de septiembre. Hecha la respectiva denuncia, la comunera Carmen Triguero, el comunero Carlitos Rey, alias Tiger, la comunera María Araceli Lucón tomaron un bus interprovincial, regresaron al pueblo. Esperaron. El tercer percance sucedió en la primera quincena de febrero. Hecha la tercera denuncia, la comunera Carmen Triguero, el comunero Carlitos Rey, alias Tiger, la comunera María Araceli Lucón tomaron un bus interprovincial pero no regresaron al pueblo. Antes de llegar a Naranjal, la comunera Carmen Triguero, el comunero Carlitos Rey, alias Tiger, la comunera María Araceli Lucón se bajaron del bus, esperaron una hora, tomaron una chiva en dirección a La Libertad. En La Libertad tomaron otro bus, se bajaron frente al edificio administrativo donde vivía el presidente del Consejo Cantonal. Llamaron a una puerta blindada a lo criollo. *¿Qué quieren?* Explicaron que querían hablar con el presidente del Consejo Cantonal. *¿Para qué?, ¿quiénes son? Somos la comunera Carmen Triguero, el comunero Car-*

litos Rey y la comunera María Araceli Lucón. El tipo de uniforme, escopeta colgada a la espalda y botas de militar, ni los miró: *Vuelvan otro día*. El comunero Carlitos Rey, alias Tiger, le respondió que volverían todos los días a la misma hora. Todos los días a la misma hora hasta que les atendieran. Los cangrejitos que cuidaban las capas geológicas reclamaban justicia. ¡José Tendetza vive!

Unas horas más tarde, el comunero Carlitos Rey, alias Tiger, salió a faenar sobre su pangüita guapachosa. No regresó. *Fue un aguacero tremendo*, recordaba con frecuencia la comunera Carmen Triguero. *Tremendo*, le respondían las comadres. *Pobre mi Tiger*, decía en voz alta de vez en cuando la comunera Carmen Triguero. *Pobre Tiger*, repetían las comadres.

Llegó la fiesta de la Virgen del Mar, pasaron los meses, dejaron de pensar en el monstruo. Dejaron de pensar en la posibilidad de un monstruo hasta ese día. Hasta el día en el que los muertos quedaron atrapados en el mundo de los vivos.

Sentada sobre su silla, la comunera Carmen Triguero cerró fuertemente los ojos. Pidió unos minutos extra. En realidad, la comunera Carmen Triguero no lo dijo, pero al cerrar fuertemente los párpados, lo primero que hizo fue reclamar al espíritu de su leoncito, su peluchín, su Tiger. Tiger respondió enseguida. Al mirarlo, la comunera Carmen Triguero lo llamó a su lado. Y así, a gusto junto a su pichurris, arrancó la asamblea. Los difuntos le explicaron que, al ser nombrados, recibieron la invitación al banquete. Pero el corviche, los panes, las cazuelas de pescado, el pollo asado, los camarones reventados, las yucas fritas, la colada morada, todo estaba envenenado porque el agua había sido infectada, emponzoñada por el engendro. Al no poder recibir las ofrendas, los difuntos no podían devolver el favor. Se había roto el ciclo explosivo-cacaotero que ordenaba los vínculos entre las entidades vivas y las no vivas. Los muertos y los cangrejitos que cuidaban las capas geológicas del despojo reclamaban justicia.

La comunera Carmen Triguero volvió a tomar la palabra, explicó al resto de comuneros lo que le había sido transmitido. Los comuneros escucharon con atención. Hablaron durante horas, horas, horas. Agotados, se fueron a dormir. Habían decidido que al siguiente día iba a tener lugar una asamblea de vivos, difuntos y cangrejitos.

Al amanecer se formó una gran convención. En primer lugar, se fijó como tarea impostergable una reforma integral de la Ley de Organización y Régimen de la Comuna, cuyo texto databa de 1937. Los componentes de esta nueva Ley debían llevar implícitas claras disposiciones enfocadas a garantizar la participación de los difuntos y de los cangrejitos en las decisiones comunales. Esto suponía que los difuntos y cangrejitos estaban obligados a convertirse en comuneros.

En total, el trámite y la expedición de los carnets oficiales de comuneros duraron una semana. La comunera Carmen Triguero, que era la persona que establecía el diálogo entre vivos, muertos y cangrejitos, contó en total treinta difuntos y veinticinco cangrejitos que se sumaban a los noventa humanos vivos. *Somos*, anunció la comunera Carmen Triguero con el cigarro entre los dientes a través del megáfono por medio del cual se comunicaban las noticias, *ciento cuarenta y cinco comuneros. La asamblea puede comenzar*. Los murciélagos que viven en los ceibos dicen que la asamblea duró varias semanas, pero la comunera Carmen Triguero sostiene que fueron tres días intensos en los que se llegó a un consenso: la única alternativa para frenar el envenenamiento era entablar una conexión con el demonio. Se olvidaron del presidente del Consejo Cantonal de Santa Elena.

La comuna se volcó en preparar y sacar brillo de las pangüitas hasta que todas quedaran pepa. Un atardecer de buena mar se encendieron los motores a diésel. Treinta pangüitas y sus pasajeros se lanzaron al océano. Siguiendo las huellas que iba dejando, en su mayoría cadáveres flotantes de peces, mantarrayas y pulpos, no tardaron en encontrarlo. Las pangüitas bajaron la velocidad. Se acercaron. Atravesaron la línea que separaba el agua del monstruo.

Esperaron. Poco a poco, bombillas de colores neón y velas brillaron. En las proas, aparecieron varios instrumentos de música que reflejaban en sus cuerpos las luminiscencias de los focos. Los miembros de la orquesta La Sensación, bajo la dirección de los hermanos Rolando y Kerly Reyes Eusebio, iban a ofrecer una serenata que duró varias horas. Los *hits* bailables alegraron el espesor de la noche. Comida y botellas de aguardiente fueron abiertas, repartidas generosamente entre comuneros vivos, muertos y los cangrejos.

A las 23:00 la comunera Carmen Triguero pidió atención. Alzó su vaso, lo llenó de aguardiente transparente, seco. Brindó por todos los que estaban allí esa noche, por los que nacieron, por los que estaban por nacer, por los que habían muerto. Guiñó un ojo a Tiger, brindó con él también. Él devolvió el chinchín, envió un beso volado que fue devuelto: *mamita*.

Entonces la comunera cerró los párpados, se concentró, derramó aguardiente sobre el mar. Comunicó al demonio que toda la comunidad brindaba a su salud.

El monstruo abrió la boca, recibió el aguardiente. La comunera Carmen Triguero notó un ligero estremecimiento en el cuerpo de la criatura. Hondas imperceptibles temblaron en su superficie lanzando alguna burbuja. Ella sonrió, se dirigió a la orquesta La Sensación bajo la dirección de los hermanos Rolando y Kerly Reyes, pidió más rumba. Arrimó su cuerpo al cuerpo transparente de su Tiger. *Dame una mucha*, le pidió. Durante varias horas bailaron pegaditos en sintonía de amor total.

La noche ocurrió entre bailes, brindis, tragos de licor Cristal compartidos con la criatura que, poco a poco, fue entrando en sintonía tropical. En cierto punto, los comuneros pudieron ver su gran cuerpo que arrancó a deslizarse libidinoso, a moverse con cadencia, a agitarse sinuoso. La mancha había iniciado una hermosa cumbia que fue acompañada por el zapateo, los vivos, los abrazos, los aplausos de los comuneros. La fiesta fue monumental. Los vivos, los muertos,

los cangrejos y el monstruo, ebrios de aguardiente, bailes y efervescencias se olvidaron de quiénes eran. Festejaron hasta caer dormidos.

Pero la orquesta siguió tocando y la criatura no dejó de bailar. Fue un *no pares, sigue, sigue rico y suave* colosal. Su materialidad en movimiento formó remolinos, olas, burbujas de amor, bioluminiscencias.

Pasadas varias horas, la diosa de brea detuvo su contorneo, se despidió de la orquesta, dijo adiós a los comuneros que dormían con el sueño de los bondadosos, que yacían unos encima de otros. Avanzó en dirección a la refinería, en dirección al demonio de fuego.

Se introdujo de vuelta en las infraestructuras que le habían dado vida a través de procesos químicos complejos. Hizo el camino inverso de los métodos científicos que la habían convertido en un monstruo. Repitió el mismo procedimiento, pero al revés. La extracción se volvió instauración. Circuló a través de los gaseoductos. En dirección contraria avanzó por la máquina perforadora. Las trampas petrolíferas, las rocas impermeables, las estructuras anticlinales y márgenes de diapiros salinos que formaban yacimientos descendieron desde la superficie al fondo marino. El sedimento se volvió materia orgánica que se convirtió en zooplancton, algas que estuvieron enterradas durante millones de años. La materia orgánica transmutó en restos de plantas y microorganismos, capas geológicas.

Ocurrió un *maelstrom*.

La refinería, atrapada en el tiempo al revés, colapsó, se transformó en un inmenso cadáver de chatarra y metal inservible, un cuchillo que ya no podía herir, un átomo de hidrógeno.

La criatura anunció: *Perdóñenme, la felicidad también es ingrata en su contraluz.*

El *maelstrom*, convertido en un remolino de enormes proporciones, absorbió todo lo que estaba a su alrededor hasta hacerlo desaparecer. Se formó un inmenso agujero negro en el que el momento suspendido cambió la visión unilineal del tiempo y el espacio para siempre.